

Entrevista de
Mathieu Potte-Bonneville
con Éric Fassin

Traducción de
Anthony Sampson

Agarraderas de amor

Si la política nunca es indiferente a sus modos de encarnación, raras veces en la democracia ha sido el cuerpo del gobernante resaltado hasta tal punto: después del 6 de mayo, tapando el paisaje, la silueta presidencial se ha vuelto intensivamente el objeto de los medios. Éric Fassin, sociólogo y experto en asuntos estadounidenses, describe aquí sus facetas: los modelos que lo inspiran, la política de alocamiento de la que participa, su manera de esbozar un nuevo régimen de los géneros y de exaltar la fuerza del deseo.

Ya no es cuestión de distinguir los dos cuerpos del rey -el natural y el político-. El cuerpo natural es en efecto el cuerpo político. Es por ser natural que es político.

Después de la elección de Nicolás Sarkozy, se ha glosado mucho respecto a la emergencia de un “nuevo estilo” presidencial, marcado por una puesta en escena del cuerpo diferente de la que prevaleció anteriormente – las vacaciones de verano fueron de nuevo la ocasión, desde el jogging llevando una camiseta del GIPN², hasta la foto en lancha, torso desnudo. Como observador de la politización de los cuerpos, ¿cómo caracterizaría usted a esta novedad? Por otro lado, ¿según usted conviene atribuirle una importancia real, ligada al modo de ejercicio o de legitimación del poder, o relegar estas maneras de ser al orden de los artificios o de las apariencias?

Quizás se acuerde de una fotografía publicada por *Le Figaro*. Estamos en septiembre 2005, antes de la campaña presidencial. En Évian, Nicolás Sarkozy y Dominique de Villepin se cruzan durante su jogging, y chocan las manos alegremente. Los dos cuerpos contrastan: mientras que el segundo es atlético, el primer carece de gracia. ¿Pero quién se le adelanta al otro, cuando corren en sentido contrario? En todo caso, la pesadez pronto vencerá a la finura, el corredor de domingo al maratonista. Es en vano como, frente a su rival, de un físico, digamos, más ordinario, el Primer ministro haya ostentado un torso escultural al salir del mar; a principios de ese mismo mes, en la Baule. En mayo 2007, apenas nombrado para sucederle, François Fillon se unirá enseguida con Nicolás Sarkozy en el Eliseo de pantaloneta y zapatos deportivos para hacer jogging en París.

La foto de Évian, que por lo demás debería ser recompensada con un premio, por su elocuencia, muestra el tránsito de un régimen del cuerpo a otro. Sin duda, tanto un candidato como el otro sacrifican al mismo ritual del jogging; pero son dos estéticas del deporte que se confrontan: la facilidad cede el relevo al esfuerzo, así como el músculo al sudor. Sería un error reírse de ello, como si Nicolás Sarkozy sufriera esta desgracia física relativa. Él la convierte en arma política. La reivindica – la exhibe. Así, declara a los reporteros que le siguen en sus vacaciones en Estados Unidos, en agosto 2007: “No me molesta que me vean sudando mientras hago mi jogging”. Entiéndase: les invito a mostrarme así. En cambio, él agrega: “No quiero que escriban sobre Cecilia en familia. Eso pertenece a mi vida privada”. Obsérvese que es él, por supuesto, quien fija las reglas del juego. Pero, sobre todo, él traza una línea divisoria: si Nicolás Sarkozy quiere preservar su esposa, inscribiéndola en el círculo de la vida privada (por lo demás, este es el argumento invocado en el asunto de las enfermeras búlgaras para negarse a comparecer ante el parlamento), ¿no debemos comprender, a la

inversa, que el sudor del Presidente está en la esfera pública? Es verdad que *Paris Match* dará prueba de su lealtad, de ahora en adelante sin falla, borrando de una foto de vacaciones una pancita poco atractiva; pero al revelar el retoque, ¿no sirve aún mejor *L'Express* al nuevo Presidente? Por tanto, importa comprender muy bien esta nueva estética, que se nos escajaría si nos detuviéramos en su carácter inestético. A diferencia de su infeliz rival, Nicolás Sarkozy no intenta impresionarnos, como algún aristócrata del cuerpo; él pretende más bien mostrar que él es como nosotros: las mismas pantorrillas un tanto gruesas cuya solidez nos complacemos en reivindicar, las mismas “agarraderas de amor” que queremos pensar como cómodas. Por tanto, es una política de la proximidad – el equivalente masculino de la puesta en escena de Ségolène Royal de su muy femenina proximidad a los ciudadanos, y más eficaz políticamente.

Pero hay más. Es romper con una representación tradicional del cuerpo político. Ya no es cuestión de distinguir los dos cuerpos del rey – su cuerpo natural y su cuerpo político. El cuerpo natural es en efecto el cuerpo político. Es por ser natural por lo que es político. Este es el sentido de la famosa “personalización del poder”: no sólo -- todo el mundo lo ha visto -- Nicolás Sarkozy concentra todos los poderes en su persona, sino que su persona es la materia misma del poder. Ciertamente, a estas alturas ya no es cuestión de dar su persona a Francia. Es que hemos abandonado el registro de la grandeza, y hemos pasado a la humanidad ordinaria. En cambio, él da de su persona, suda sangre y agua, se fatiga infatigablemente. En eso consiste la tal personalización del poder en un doble sentido, que la obsesión de los medios por su persona y su vida personal da a ver.

A su parecer, ¿en qué fuentes Sarkozy se inspira para construir este personaje? En particular, qué influencia desempeña en el asunto la referencia estadounidense, tanto ostentada como negada por el candidato antes de ser más frontalmente asumida por el presidente. Esta pregunta conlleva dos aspectos: por un lado, ¿cómo caracterizaría usted la historia reciente de la personalización del poder en Estados Unidos – después del “gran comunicador” que fue Ronald Reagan? Por el otro, ¿le parece que Sarkozy pesca en ese repertorio al azar o de manera concertada?

Yo iría más atrás en el tiempo. Fui llevado a interesarme, por una obra colectiva sobre “la muerte del rey”, en el asesinato de J. F. Kennedy: si tanto marcó el imaginario de una generación de estadounidenses, es porque la televisión antes había presentado, por primera vez, el cuerpo del Presidente – un cuerpo joven, bello, de una salud aparente y deseable. La muerte era, por tanto, mucho más difícil de aprehender, ya que ese cuerpo acribillado por las balas entraba en contradicción con la imagen de vida que se le asociaba. Se sabe que Bill Clinton quiso volver a tomar la antorcha de Kennedy, con su juventud – en contraste con la imagen paterna de Bush padre, incluso de abuelo, de Ronald Reagan.



El cuerpo natural es efectivamente el cuerpo político. Ya que es político, es natural.

El *jogging* es una manera de exhibir su salud – tanto más cuanto que, los medios lo realzan, este hombre (Clinton) bastante corpulento corre rápido y largo tiempo (a sus ayudantes y visitantes les cuesta trabajo seguirlo). En el momento de la transición, en 2000, se comparará, por otro lado, su velocidad con la de su vicepresidente, Al Gore, y con la de su sucesor George W. Bush. Es también una manera de corregir su imagen de indisciplina (sexual y alimenticia: se le reprocha su gusto por los alimentos demasiado grasos del *fast food*), mediante la demostración de su disciplina. Si el actual presidente estadounidense ha seguido el ritual, tal vez sea por una razón comparable, que remite a otra adicción: el alcohólico arrepentido se impone una disciplina física que muestra su control. Se permanece en la misma lógica: “Soy dueño tan de mí mismo como del universo”.

Entonces, no es un azar si Nicolás Sarkozy recoge elementos de sus modelos estadounidenses – de Kennedy a Bush, pasando por Clinton. ¿De estos últimos, no toma él prestado el tema general de la segunda oportunidad (después del pecado, lado estadounidense; después del fracaso, lado francés)? De todos modos, siempre se puede pensar que, como en otras esferas, lo que él se apropia, lo vuelve a formular en un contexto diferente (Francia), y

para dar cuerpo a una política diferente (la suya). Él explota un libro de imágenes, aun si es para contar una historia diferente. Pues no estamos, como es el caso para sus referencias allende el Atlántico, del lado de la ostentación del control, sino más bien de la ostentación de energía – casi incontrolable, en tanto que inagotable.

Se habla a menudo de doble lenguaje o de lenguaje de estereotipos de los políticos. Este no es el problema ahora. El lenguaje de Nicolás Sarkozy, por lo demás, chorrea amor en vez de estar marcado por la rigidez ...

Al comentar la polémica sobre el carácter genético de la pedofilia, usted escribía algunas semanas antes de las elecciones presidenciales (Le Monde del 13 de abril de 2007): “La retórica de Nicolás Sarkozy participa, así, de una política de alocamiento, al mismo título que su agitación de remolino y su febrilidad vibrante [...]. Esta confusión política es una política de la confusión: desorientar la política mediante un discurso desordenado, consiste en crear las condiciones del advenimiento de una derecha a la deriva, más bien que de ruptura”. ¿Los meses que acaban de transcurrir, a su juicio confirman este diagnóstico? Más exactamente, ¿tiene usted la impresión de que la agitación presidencial en todos los sentidos sirve a una política concertada, cuando parece dar testimonio igualmente de una serie de vacilaciones incluso de echadas para atrás?

Por el instante, el alocamiento me parece manifiesto en los medios. La simple acumulación de las intervenciones hace que ya nadie sabe qué pensar – sin hablar de las frases que le son atribuidas, y que él desmiente (sobre la pena de muerte par los pedófilos, o bien exclamando, si le creemos a Yasmina Reza, “los Bretones me importan un ca-rajo”). Claro está, uno se puede sentir ofendido por lo que dice Nicolás Sarkozy en Dakar sobre el africano, o ante el Medef sobre la despenalización del derecho comercial, o ante las “víctimas” sobre la necesidad de llevar a los tribunales a aquellos que, no obstante, han sido juzgados inimputables – y se podrían multiplicar los ejemplos.



Ilustración: Andrés Reina

Claro está, se puede también señalar las contradicciones entre estas declaraciones, como la jueza Eva Joly que deplora que Francia se convierta en “un país que responsabiliza a sus niños y locos, y absuelve de responsabilidad a sus elites”. De la misma manera, nos indigna que un presidente que se une al coro de los despreciadores conservadores de una sociedad de la victimización exija, al mismo tiempo, que se dé la prioridad a las víctimas, que evidentemente no son los mismos, y, a la inversa, que un presidente que promete la ciudadanía francesa a las “mujeres martirizadas” del mundo entero expulse de Francia a mujeres que sin duda serán martirizadas, o aun que un presidente tan sentimental cuando evoca, el 14 de julio, a un niño discapacitado con quien “la vida no ha sido muy generosa”, parece tan poco preocupado de la suerte de los niños sin papeles para quienes la vida tampoco ha sido muy indulgente.

Pero, ¿cómo preocuparse verdaderamente cuando habría que discutir al mismo tiempo sus mil y una intervenciones – desde la política extranjera hasta la política económica, pasando por la crónica de los sucesos banales? ¿Cómo debatir seriamente su política de la educación cuando el doble discurso sobre el rigor en materia de puestos y de revalorización en materia de sueldo para los maestros, en el momento del retorno escolar, que se dispara en todos los sentidos, mezclando los ideales humanistas, los lugares comunes, los estereotipos conservadores, y, una vez más, las contradicciones – por ejemplo en lo que concierne al laicismo? Decir todo y su contrario, como lo hace Nicolás Sarkozy, es revolver todo para aprovecharse de la confusión, pero es también ocupar el terreno – saturarlo discursivamente.

Se habla a menudo de doble lenguaje o de lengua de estereotipos de los políticos. Este no es el problema ahora. El lenguaje de Nicolás Sarkozy, por lo demás, chorrea amor en vez de estar marcado por la rigidez ... Creo que – como los lingüistas lo han hecho para el lenguaje de Bush – habría que empeñarse en analizar el estilo que Henri Guaino le confiere al presidente (la mezcla de una extrema simplicidad, que hace evidente la aserción, y del lenguaje florido que da cuenta de su sentimiento), pero también la retórica sarkoziana, como lo hacen, por ejemplo el 17 de agosto 2007 en *Libération* las columnas de Stéphane Palazzi sobre el “buen sentido” del presidente como (falsa) evidencia, y de Peter Szendy sobre su “hablar franco”. “Francamente” es el tono de la sinceridad que acompaña, claro está, cualquier cosa. Pero esto no quiere decir que el lenguaje del presidente sea insincero – que él diga una cosa mientras que cree en otra. El problema sería más bien que él es sincero, diga lo que diga. Él dice una cosa, y otra, y otra más, ¿y quién va a acordarse de todo, y quién tendrá el tiempo de recordarlo todo, mientras él está aún diciendo otras cosas ante las cuales habría que reaccionar igualmente?

La mujer política no es, por tanto estigmatizada, hoy en día por cortesana, es descalificada por engañada, o sea otra manera de remitirla a su sexualidad para mostrar su fracaso.

La confrontación con Ségolène Royal, durante la campaña electoral, y la manera en que se ponía en juego las cuestiones de género, ¿le parece que dejaron huellas duraderas en el modo de intervención de Sarkozy? En otros términos, el personaje se modificó debido a que, frente a su adversaria, tuvo que activar los mecanismos de cierta dominación masculina?

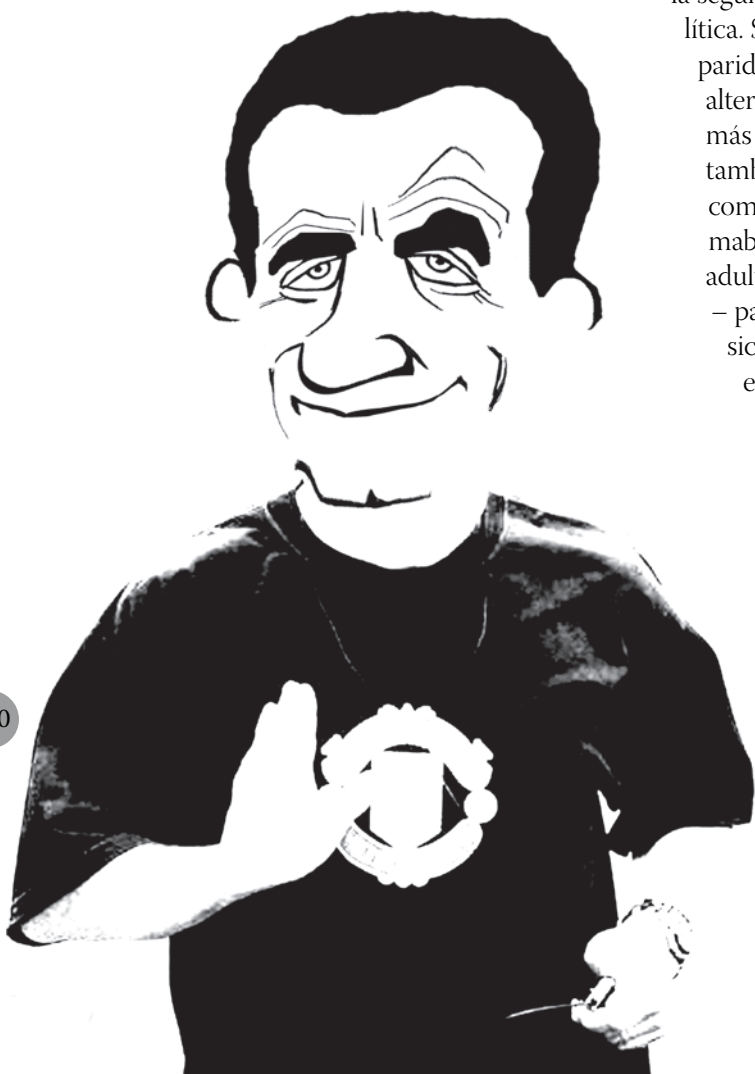


La politóloga Catherine Achin y la filósofa Elsa Dorlin propusieron, antes del verano, en el portal de la revista *Mouvements* (www.mouvements.asso.fr/spip.php?article42), en un artículo titulado “He cambiado, tú tampoco”, un análisis muy rico, “con el prisma del género”, por tanto en términos de masculinidad y de feminidad, de la pareja de candidatos Royal/Sarkozy durante la campaña presidencial. Igualmente, en la prolongación de los trabajos suscitados por la paridad, continúo reflexionando en torno a dos cuestiones – la cuestión de la articulación entre vida pública y vida privada, y la cuestión de la sexualidad de los dos protagonistas de la segunda vuelta de la presidencial. Las dos están ligadas entre sí: la sexualidad hasta entonces había sido remitido a la esfera privada, reputadamente por fuera de la política.

Para pensar su vínculo, hay que hablar de género, e interrogarse sobre los efectos de la introducción de la paridad respecto al género en la política. Quiero decir que el género no es sólo algo que determina la vida política, como una coacción, o a la inversa, una fuente para los actores; recíprocamente, la política vuelve a definir el género. Para decirlo simplemente: los actores políticos tienen que acomodarse a las exigencias del género, o convertirlas en recursos (Ségolène Royal está atrapada en los estereotipos femeninos y ella juega con ellos); pero, al mismo tiempo, con respecto a la paridad, ellos son llevados a redefinir el género (Nicolás Sarkozy contribuye a formular una nueva forma de masculinidad). En breve, no sólo *acomodarse a*, sino *hacer* el género.


La virilidad ya no consiste en controlar la esposa sino en tener la fuerza para recuperarla.

Primer punto: se ha hablado mucho de la “celebrización”³ de la vida política bajo Sarkozy – en particular respecto a su esposa. Y se ha inscrito esta evolución en el marco más amplio de una reflexión sobre el individualismo democrático y la modernidad política. No obstante, no hay que olvidar cómo la puesta en cuestión permanente de las fronteras entre vida pública y vida privada concuerda con la crítica feminista de esa repartición que funda la dominación masculina en las sociedades liberales. Por un lado, Nicolás Sarkozy despacha a esa repartición: su esposa es asunto de la vida privada. Pero, por otro lado, juega con ella y la desplaza, ya que en un mismo momento, la utiliza como una carta política “personal”. Por lo demás, Cecilia Sarkozy invierte en beneficio propio la retórica de Ségolène Royal: como la candidata, la primera dama de Francia pretende intervenir en el asunto libio, no en política, sino “en calidad de mujer y en calidad de madre”. Así, mientras que para la primera la feminidad fundaba su postura política, para la segunda, la feminidad permite situarse por fuera de la política. Segundo punto, el que concierne a la sexualidad. Si la paridad ha redefinido la feminidad política (en lugar de la alternativa entre la solterona y la puta, hoy en día estamos más bien en la conjunción de la virgen y de la madre), ella también ha permitido reformular la masculinidad. Tanto como la conyugalidad, las aventuras extra-conyugales formaban parte tradicionalmente de la imagen del político: el adulterio, sin duda, no era obligatorio, pero era presumido – para el hombre, claro está. En cambio, semejante suposición hacía pasar a la mujer del lado de la Pompadour estigmatizada de ilegitimidad política.



Ahora bien, las desventuras conyugales de Nicolás Sarkozy, pero también de Ségolène Royal, han transformado las cosas. Ante todo, observemos que en ambos casos, el adulterio puesto en escena, es de ahora en adelante el del cónyuge – el adulterio del otro. La mujer política no es, por tanto estigmatizada, hoy en día por cortesana, es descalificada por engañada, o sea otra manera de remitirla a su sexualidad para mostrar su fracaso. Esta es la nueva versión de la “mujer pública”.

En cuanto al político, la partida de Cecilia con un amante, ilustrada en una portada de Paris –Match a fines de agosto del 2005, parecía condenar a su marido al estatuto políticamente poco envidiable de “cornudo”, es decir de perdedor – fue el momento, por lo demás, cuando Villepin exhibía sus pectorales en la nariz de su rival. Ciertamente, al marido abandonado se le atribuían aventuras, supuestamente la causa de la huida de la esposa; pero estos hechos viriles anteriores perdían al mismo tiempo todo valor. La virilidad política era objeto de burla. Entonces Nicolás Sarkozy logró una operación política paralela a la inversión deportiva, como lo vimos en el jogging: ha invertido la lógica de las cosas. La desventaja se convierte en una ventaja. No sólo su desventura lo humanizaba, sino sobre todo, él iba a dar la prueba de que el amor es más fuerte que todo – y así volver a conquistar a su mujer.

La virilidad ya no consistía en poder controlar su mujer, según el modelo tradicional, sino de tener la fuerza para recuperarla, o sea un género (post-) modernizado. Y esta nueva fuerza viril, es la del deseo, que permite a los “heridos de la vida” (como en el *garden-party* del Eliseo...) volver a arrancar, tener una segunda oportunidad. Allí se reconoce el deseo de vencer cuya puesta en escena tuvo mucho que ver con el triunfo electoral de Nicolás Sarkozy – y que continúa a favorecer al nuevo presidente. Deseó tanto a Francia que la tuvo. Y es esta energía del deseo que él pretende comunicar hoy en día al país. Si la mujer política sigue siendo reducida a su sexualidad, para el hombre, al contrario, la sexualidad sigue siendo el signo de su fuerza política. No obstante, con la paridad, el género político ha cambiado bastante. Se conoce el título elocuente de la biografía que le dedica Catherine Nay: *Un poder llamado deseo* [*Un pouvoir nommé désir*]. La virilidad redefinido por Nicolás Sarkozy reemplaza así la realidad de la fuerza por la fuerza del deseo. Este es, si no todo un programa, al menos toda una retórica política fundada en un género renovado. 

(1) Tomado de la revista *Vacarme* N° 41, otoño 2007. “Agarraderas de amor” es la traducción literal de “*poignées d’amour*”. Verosíblemente la expresión francesa es la traducción del inglés “love handles”. Estos dos términos, la francesa como la inglesa, designan lo que en el lenguaje coloquial se denomina “la llanta” o “banano”, la acumulación de una capa de grasa alrededor de la cintura. Las expresiones populares francesa e inglesa insinúan que dicha “llanta” puede desempeñar una función práctica en la actividad amorosa. Pero en francés, “*poignées*” también es “estrechón de manos”; “*poignées de main*”. Como se sabe, los políticos en campaña suelen repartir estrechones de manos a todos los que encuentran. Se sugiere, entonces, una conexión entre el estrechón de manos y la “llanta” agarrada para sujetar el cuerpo del otro (de la otra) en un encuentro erótico... del tipo que se le ocurra al lector. N. del T. Traducción: Anthony Sampson, profesor titular, Instituto de Psicología.

(2) GIPN = *Groupe d'intervention de la police nationale*, equivalente más o menos al GAULA o SMAD colombianos.

(3) Los franceses han acuñado la expresión “*pipolisation*”, derivado del inglés “*people*”, para designar el fenómeno de la conversión de las figuras políticas en “celebridades” a semejanza de los personajes de la farándula. N. del T.

BIOGRAFÍAS de los autores

Stéphane Breton

Antropólogo, realizador de filmes documentales y etnólogo. Conferencista en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias sociales. Maestro en etnología y antropología de imágenes. Especialista de Melanesia, vivió varios años con los Wodani de las tierras altas de la Papuasía Occidental (Nueva Guinea Indonesiana). Curador General de la exposición *Qu'est-ce qu'un corps?*, Museo Quai Branly, París.

María Cristina Tenorio

Psicóloga, Universidad del Valle, Magíster en Estudios de Profundización en Psicoanálisis, Université de Paris VII. Doctorado en Psicología de la Comunicación, Universidad Autónoma de Barcelona. Autora de numerosos artículos académicos. Estudia los procesos de inclusión académica y social de indígenas y afrodescendientes en la educación superior.

Anthony Sampson

Psicoanalista, escritor. Profesor del Instituto de Psicología de la Universidad del Valle. Estudios de post-grado en la Universidad París VIII. Psicoanalista desde 1975. Miembro de École Lacanienne de Psychanalyse (París, México, Buenos Aires). Profesor visitante en la Universidad de Cornell, Ithaca, EU. Ha publicado numerosos artículos sobre temas psicoanalíticos, psicológicos y culturales en revistas internacionales y nacionales. Estudia las relaciones entre el lenguaje y la muerte, y el lenguaje y la violencia.

Isabel Cristina Buriticá

Estudiante de Sociología de la Universidad del Valle. Corresponsal del periódico La Palabra. Participa en el proyecto Identidades Colectivas y Reconocimiento.

Santiago Rengifo de la Torre

Psicólogo, escritor, dibujante de cómic. Ha ganado varios concursos literarios, entre ellos el de la Gaceta Dominical del diario El País de Cali, en el género cuento negro, y el del Instituto Distrital de Cultura y Turismo.

Lorena Sofía Correa

Economista, blogger. Fue asistente del director de *Posiciones*. Actualmente colabora para la revista virtual *equinoxio*, www.equinoxio.org.

Luz Elena Luna Monart

Comunicadora Social, fotógrafa. Está realizando estudios de maestría en Educación, énfasis en Educación Popular y Desarrollo Comunitario de la Universidad del Valle. Profesora en el Instituto Departamental de Bellas Artes. Miembro del grupo de investigación "Estéticas Urbanas" de la Facultad de Artes Escénicas. Ha publicado en libros colectivos sobre problemas de la estética urbana.

María del Pilar Castillo

Economista, Master en Economía Cuantitativa, Universidad de Alicante. Profesora e investigadora del Departamento de Economía, Universidad del Valle. Coautora de *La hora de los dinosaurios: depresión y conflicto en Colombia* y de *¿A dónde ir?: Información y redes en el desplazamiento forzado en Colombia*. Ha publicado varios artículos y ensayos sobre el conflicto, la teoría de juegos y las redes sociales.

Boris Salazar

Economista, escritor. Estudios de Doctorado, New School University, Nueva York. Profesor e investigador del Departamento de Economía de la Universidad del Valle. Autor de *¿A dónde ir?: Información y redes en el desplazamiento forzado en Colombia*, *La hora de los dinosaurios: depresión y conflicto en Colombia*, *Los caballeros las prefieren muertas*, *El tiempo de las sombras*, *La otra selva*, *Caravana*. Ha publicado numerosos artículos y ensayos sobre el conflicto, la racionalidad y la guerra irregular. Director de la revista *Posiciones*.

William Betancourt

Filósofo. Estudios de Filosofía en las Universidades Nacional de Colombia, Bogotá, y de Heidelberg, Alemania. Profesor del Departamento de Filosofía de la Universidad del Valle. Autor de: *Existencia y Cosmos en la época presocrática de la cultura occidental*; *Cosmos, Existencia y Realidad en la filosofía presocrática*; *Del logos al eidos*; *Héradito. Un pensador de la cercanía de lo sagrado y Los caminos de Grecia*.

Jesús Martín Barbero

Doctor en Filosofía de la Universidad de Lovaina, Bélgica. Estudios de Postdoctorado en Semiótica y Antropología, Escuela de Altos Estudios, París. Fue investigador asociado en la Facultad de Ciencias de la Información, Universidad Complutense, Madrid. Asesor de Proyectos en Comunicación y Política, Fundación Social Bogotá, miembro del Comité Consultivo de FELAFACS -Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social y de la Comisión de políticas culturales de CLACSO. Ha publicado numerosos libros acerca de procesos y medios de comunicación, entre ellos *Televisión y melodrama*, *Communication, Culture and Hegemony*, *Pre-textos: conversaciones sobre la comunicación y sus contextos*, *Mapas nocturnos*. Autor de decenas de artículos sobre los procesos de comunicación social.

Carlos Jiménez Moreno

Profesor, historiador y crítico de arte y comisario independiente. Arquitecto de la Universidad del Valle. Estudios de Filosofía Pura en la Universidad Autónoma de Madrid. Magíster en Teoría e historia del Arte de la Universidad Nacional de Colombia. Ha publicado artículos y ensayos en revistas especializadas nacionales e internacionales. Autor de *Extraños en el paraíso*, *Ojeadas al arte de los 80*, *Travesía del ojo*, *Los rostros de Medusa*, *Estudios sobre la retórica fotográfica*, *Retratos de memoria* y *Edgar Negret*. Escultor.

Adriana González

Comunicadora social, fotógrafa. Investiga la estética de las identidades urbanas.

